

PUBLICACIONES DEL CIRCULO DE BELLAS ARTES

Guazábara

Cuento

por

Juan Antonio Vicioso hijo

(PRIMER PREMIO DE PROSA-1942)



EDITORIAL EL DIARIO — SANTIAGO. — 1943.

Compan Luis-Federico Henningus y Garayzar.

PROLOGO

La historia tiene holgados caminos que se deslizan, mansos o no, bajo arcos de piedra o de leyendas. La gran historia, desde luego. Pero hay otra historia, la pequeña y desvalida historia de los rincones, la de los hombres, la de los hombres que no fueron nada y de las cosas sin notoriedad, la que no regula su vida por duras e inflexibles leyes, que tiene que andar su camino como sendero olvidado sin uso, de un árbol grande a un barranco chico, por puro afán de ir a alguna parte.

Esta historia, a la postre y un poco cansada de su propia vulgaridad, desemboca por fin, en el mar agitado de la otra para brindarle los ricos materiales que arrastra, su canción, su sabor.

El cuento —historia de todos los días un tanto alterada por los retoques del arte: del arte del narrador o del poeta, que no están siempre en una misma pieza—, el cuento es eso, sencillamente: arroyo que cruza por las praderas de los hechos disfrazado por el prestigio de un sol que se muere o de un sol que nace.

Nosotros, nosotros los dominicanos, nos hemos dado a cultivar el género más que por hacer litera-

PRÓLOGO

tura propiamente dicha, por suerte, empeñados en sacar a flor de verdad y de ciencia cuanto puede sernos privativo como pueblo, como conjunto de hombres que a fuerza de convivir y de disfrutar del mismo medio físico acaban por encontrar una parentela que en el principio no los unió.

Todos los ensayos que se han realizado, los malos y los buenos, tienen más de pesca de datos para una biografía del pueblo dominicano, de la sociedad dominicana, que de mero ejercicio literario, aunque lo parezca. Los cuatro o cinco, para pecar de parcos, que entraron al cuento con las mentirosas y bellas armas que el arte afila y la sed de emoción esgrime, en sus redes quedaron prisioneros: pescadores pescados. El mejor avío, para agotar de una vez por todas la metáfora, será siempre un buen oído, unos mejores ojos y cuidar de no mentir: el cuento de más carácter aquí, entre nosotros, se ha hallado siempre en la boca y en el corazón de los hombres: al cuentista sólo toca repetir, eso sí como hace el músico y como el poeta hace: artísticamente.

El día en que del filón únicamente se pueda extraer tierra, tierra exprimida y pobre, habrá que echar mano de la imaginación primero y de la muerte después. ¡Ay de los pueblos que lo han perdido todo! Ni el asfalto, ni los perfumes, ni los alimentos

PRÓLOGO

científicamente balanceados los salvarán de la ruina, porque su poder no está como una abeja loca perdida en la colmena de las grandes ciudades sino en la cabeza y bajo la tabla del pecho de cualquier hombre que haga caso de la tierra suya que le grita el camino que ha de seguir, cuál ha de ser su rumbo, en donde está el blanco a que debe dirigir las flechas aguzadas por el sufrimiento de vivir.

* *
*

En este cuento de Juan A. Vicioso hijo, premiado por el Círculo de Bellas Artes, instintivamente, sí instintivamente, se han respetado las reglas, y ahí se encierra precisamente su mayor mérito: al artista corresponde, como afirmara alguien, un secundario papel de resonador, porque en primerísimo término hay que colocar a la Naturaleza que es quien, en última instancia, mueve el alma de los hombres con los seguros resortes de la emoción, entre por los ojos o por oídos o por la piel, que florece en dulce sensibilidad en las manos, en los labios y allí donde Amor marcó su predio.

Escudero de dama de tan alta alcurnia, a él toca recoger, con galano talante, las rosas y los dardos que arrojen a su paso, y que sean para su bien: lo merece.

Héctor INCHAUSTEGUI CABRAL.

GUAZABARA

LIBRARY

LEMA: La Gratitude y la Venganza van eternamente unidas en el alma del criollo.

Bronco bajo un calor sofocante de Verano, el paisaje parecía un perro sediento...

Cuando se es señor de escritorio; elegante de ciudad con alardes de "dernier cri": traje de corte inglés y zapatos de suelas anchas; cuando se ha creado alguien una personalidad entre el torbellino ruidoso de los medios días en calles céntricas, congestionadas de tráfico y tránsito, personalidad que se mueve entre ruidos viajeros y alternativas imprevistas parece ser se olvida el criollo, —criollo porque tiene el camino lleno de panoramas vírgenes muy distantes del neón y la plancha eléctrica—, que por dentro de su "mala costumbre" de burócrata, germina en sementeras de ancestro, una semilla secular de campiñas paridas, en la cayena brava de una sensibilidad que por más que se empeñe en disimular le asomará en un gesto, en una frase, en una intención; en ese malestar "agradable" que nos posee cuando oímos sonar tambores..., "tambores"..., el regreso a la sangre.



Hay, habrá siempre un montoncito de tierra hermosa, recién florecida de arrayanes y tunas, húmeda del llanto religioso de las mañanas azules, entre el asfalto postizo de nuestra calles, apeñuscadas de cosas ajenas a nuestra propia personalidad, porque —nos ocurre pensar—: A la geometría poliédrica de las edificaciones en las centrales del comercio urbano supeditarán siempre en belleza y majestad las colinas señeras de vertiente suave como lomo recién bañado de bestia mansa...

.....

Gilberto empapaba el cuarto pañuelo y se empeñaba en demostrarle a aquel mulato curtido y ágil, que aunque fuera de la ciudad, podía caminar todavía un par de leguas, mientras llegaban al poblado, desde aquella condenada estación del ferrocarril tan distinta a esas que conocía, donde no se encontraba otro medio de transporte que el que la naturaleza predispone en cada mortal. Ayudante del Tesorero de la "Columbus Fruits American Factory Co." tenía que entregar al otro día el pago completo de los colonos y el personal obrero de la industrial radicada en aquellos contornos; por primera vez hollaba la tierra norte y, en mala hora se echaba tal responsabilidad. Había tenido que tomar el ferrocarril, esa "tortuga" —como la llamaba blasfemado— que hace



“...que aunque fuera de la ciudad, podía caminar todavía un par de leguas...”

mil paradas hasta llegar en un incómodo trayecto a una estación que tenía más de cuartel de campaña de esos que se relatan en nuestra historia pasada, encajado a tres leguas del pueblo que era pueblo por obra y gracia del Espíritu Santo.

—De él dependía que “comieran caliente” la mitad de las familias del poblado en cuestión—. De él DEPENDIA se HICIERA una CONVENIENTE transacción en la que se beneficiaría la compañía o . . . , perdería una oportunidad que no volvería a presentarse . . .

A la una de la madrugada de aquel viernes llegó, único pasajero de un furgón al que llamaban de rutina el F. C. D. No. 7 —¡Ah, como recordaba los coches de la “B. M. T.” Lines o aquellos del “Subway Interborough Lines”!— Compañero de unos racimos verdes de guineo y de unos paquetes hediondísimos de cueros sin curtir! Que viaje más atroz! —Aquei paralelepípedo con ruedas se movía más que “maracas” y él hacía maravillas para mantenerse fuera del “cocktail” mal oliente de cueros de res y racimos verdes de guineos. Pitó, o mejor dicho, mugió tres veces la máquina y un viejo negro movió allá lejos un farol; al parecer era el único ser viviente en aquello que llamaban estación. Después supo que se llamaba Arcadio, don Arcadio . . .

G U A Z Á B A R A

Se estiró, mugió, protestó y se alejó la máquina después de enganchar otro vagón de donde escapaba una baraunda de chillidos: transportaban los cerdos del Central a una finca cercana y estos protestaban del acojinado en "piel natural" de aquel soberbio "Pullman". Maleta en mano con algunos miles de dólares; doliéndole la cintura ahorcada con una correa cartuchera y un pesado "Colt 38 largo", nuestro "fino y culto" Gilberto maldecía como "buen cristiano" la hora, la estación, la humanidad... Un negro fuerte roncaba hecho un ovillo sobre una "estiba" de sacos. El viejo del farol se acercó moviéndose de un lado a otro y zarandeando el farol encendido.

—Oiga amigo... ¿No se puede conseguir algo o alguien que me conduzca al pueblo?...—

—Hum —gruñó el aludido Don Arcadio— A esta'soras no hay áema que eté dipiéita, a no sé lo'sordeñadore de la finca edon Telo, pero esotá un poco lejito, ahímijmo pegaito a la Cañá'el Compadre Lorenzo—.

—Y... ¿Usted no podría "encaminarme"? Hágame el favor, yo lo gratificaría bien, mire usted que es de imperiosa necesidad el que llegue al amanecer y... bueno, ¿Usted comprenderá que? —Gilberto no

sabía como hacer entender al viejo guardafrenos su “deber” estar en el pueblo al amanecer—.

—Anjá si, muy bien y ¿quién cuida la Estación y cambia el “chucho” a la “máquina” e la madrugada?... Yo lo haría con mucho guto, acompañaile pero aquí no se pué despetañáe poeque en cualquier depetañe viene un “Júa” y detripa al má bonito. Pero, déjeme vé, epérese: ¡Guazábara!... ¡Guazábara!... Depiéita jaraganaso pa que te gane una chiripa...

El negro que dormía sobre la estiba gruñó y se volvió de espaldas al viejo Arcadio. Como este insistiera, le rezongó: Déjeme quieto, no tengo que dí a ninguna páete. Quien ha mandao a náiden que llegue a tan desóra. Que se la jale a pie y que se la averigüe solo...—.

El pobre e infeliz Gilberto en su inmenso malestar recordaba las palabras del Jefe de la Oficina. —“Tiene que estar allá tempranito, porque con ese dinero se hará la transacción de los terrenos del colono Venegas”... Buscaba alguien a quien decir una “palabrota” y, “no perdonaba ni perdonaría nunca, aquella distracción del maquinista que le había costado medio día de retraso. Pero, ya protestaría”... Hasta pensaba en exigir judicialmente una indem-

GUAZÁBARA

nización por daños y perjuicios! Cosas de la gente civilizada de la Capital!...

Guazábara seguía impertérrito ante las súplicas y las amenazas del viejo Arcadio: —Este maedito no parece dominicano ¿no vé que hay una peisona en trance? Poréso siempre taremó “fuñío” poe jara-gáne! Levántate negro’el demonio que hay que llevarse de la mársima que dice: “Ayúdate que yo te ayudaré”... Si no juera poe que tengo que vigiláe la llegá e la “Prietica” “84” ya me había díó a acompañáele, Señó capitaleño, pero, ¿se me muera mi mái... , si éte no lo acompaña.

El buen viejo se ponía cenizo de rabia y tiraba de los desarrapados pantalones del perezoso Guazábara. Este roncaba, viajando quizá a doscientas millas de los rieles, las máquinas y las súplicas.

Gilberto no podía más:

—Muchas gracias por su interés, don Arcadio, pero, deje usted a ese hombre que estará cansado, yo emprenderé el camino solo, pues no puedo perder tiempo y tengo, “llueva, truene o ventee” que llegar ameneciendo a la Oficina de la Compañía—.

Pero, don Arcadio había “jurado por su mái” y cuando algún criollo lo hace, cumple lo prometido.

o se muere. Insistió: —¡Cansao de qué!, no hombre, si lo único que'l hace éastibá lo'saco en el depósito y controlá lo trabajadores pa que no se lleven lo recóetej e cajone y leña. Pero, dipreocúpese que él dirá con uté. Epérese que le eche un jarro e agua fría...

Ante la posible ducha a deshora, Guazábara, se estiró de un brinco; hizo varias muecas como esas de los levantadores de pesas en los circos y se acercó restregándose los ojos con el puño sucio de la manga grasosa de la camisa. Estaba colérico. ¡Mire uté, que uno nopué dóemí tranquilo!... Caminó hacia Gilberto arrastrando pesadamente los pies que asomaban el dedo mayor por la herida abierta de una deshecha "cutara".

El pasado mulato "se le subió a la cabeza" a Gilberto, tenía las insanas y entonces justificables intenciones de cometer un homicidio voluntario. Se acercó más Guazábara y a la luz del farol descubrió Gilberto una estructura de atleta, de músculos acerados tras una apariencia típica de campesino dominicano, curtido de sol, bello espécimen de la tierra sana. Todavía desperezándose, el moreno criollo se detuvo y con unos ojos grandes y buenos contempló de piés a cabeza a Gilberto, con interés inexplicable. Sus ojos se animaron de una rarísima luz, sonrió y, sin

GUAZÁBARA

decir palabra se adelantó resueltamente y tomando la maleta que él ignoraba repleta de billetes de Banco, inició una marcha rápida con paso seguro en la oscuridad. Don Arcadio lleno de asombro se rascó la cabeza y miró a Gilberto; éste impresionado, tuvo como un presentimiento raro, se acomodó el revólver y marchó detrás de Guazábara...

.....

El cielo oscuro y sin luna comenzaba a clarear. Por una vía en desuso caminaban, secándose Gilberto a cada instante un sudor pesado y, empeñado en demostrar a aquel mulato curtido que: —Aunque era “blanquito” de la ciudad podía caminar todavía un par de leguas—.

A cada lado de la vía, el murmurar pardo de los sembrados secos delataba el choque de las lanzas del maíz y el ventear de los abanicos del piñón. Serenateaban los grillos y parodiaba un burro lejano. Guazábara caminaba lo mismo que lo haría Gilberto por la avenida perfumada junto al mar.

Por detrás de unas ruinas el poblado apareció. ¡Al fin! Guazábara habló por primera vez: —¡Ese era el Ingenio que se quemó!—. Entraron al pueblo dormido de canas y soñando miserias. Aún no había

amanecido, no había ni perros flacos que saludaran el cansancio de Gilberto.

—¡Oiga, amigo! ¿No hay algún sitio donde amanecer, donde se pueda beber café?... Ya no puedo caminar más ¡por Cristo!, estoy muerto. Bueno, gracias por haberme traído, mire tenga para que... ¡Ay Virgen! —pensaba para sus adentros— ¿Qué haré ahora, dónde voy?...

El criollo se detuvo y dijo con voz reposada: No se apure compay, no se sofoque, vamo a casae mi vieja que allí le harán café y podrá esperar a que amanezca; utéetá muy cansao y todavía hay que caminá alguito poeque la'soficina que uté procura, etán afuerita er'pueblo—.

Gilberto sentía realmente más miedo que cansancio, le espantaba aquella solicitud del negro quien, hacía algún rato había maldecido porque le despertaran.

Guazábara sonreía feliz —No se molejte, yo le haré toa la diligencia y tempranito, taráuté en la dirección que trae—.

Habían llegado a un rancho de cana y tablas de palma y Guazábara tocaba fuertemente con la

GUAZÁBARA

palma de la mano callosa. Un perro escuálido ladró y enseñó los dientes... —¡Cállate Titán!... Guazábara se volvió sonriendo: No tenga miedo que “perro que ladra no muéide”...

.....

Por sobre todos sus prejuicios y miedos; sin quererlo; culpa de aquella caminata poco acostumbrada, Gilberto se había quedado dormido después que una atenta viejecita coló café de pilón, llamándole “hijo mío”. Recostado en una hamaca de fuerte azul para descansar a súplicas de la madre de Guazábara, durmió. ¡Sabe Dios cuánto tiempo!, olvidándose de que en la maleta había “muchos miles de pesos” y que “llueve, truene o ventee” tenía que estar amaneciendo a las puertas de la Oficina. Sobresaltado despertó, con un rostro de miedo que daba pena; cerró los ojos y volvió a abrirlos con verdadero pánico; una sola cosa llenaba su duda: ¿No sería aquello un ardid del llamado Guazábara para quedarse con el dinero?... El revólver reposaba sobre un pilón de café. Había salido el sol. ¿Guazábara? ¿La viejita? Recordaba caminos de vías y rebuznos lejanos. —“Ese era el ingenio que se quemó”—. El dinero... el dinero... EL DINERO... Aquella mirada del negro en la Estación del ferrocarril. El presentimiento! Dios, ¿qué había sucedido?...



“...Pasaron tres minutos que parecieron eternos. Desde afuera llegó el canto fresco de un gallo...”

GUAZÁBARA

Pasaron tres minutos que parecieron eternos. Desde afuera llegó el canto fresco de un gallo. La semipuerta del cuartucho se echó a un lado y canturreando una tonada entró Guazábara. Traía ahora un sombrero de cana y fumaba un cigarro de a centavo. Gilberto boquiabierto no sabía que hacer o decir pero, se tranquilizó un poco.

—Compay —dijo el criollo— yatató arreglao; ahí afuera etá eperando el “Secre” e la compañía, yo lo fuí a bujcá; él me dijo que uté traía lo cuáeto e “la paga”. La vieja letá planchando ée saco. La maleta etá guaedá en el baúl. Yapué levantáse—.

¿...?... ¡...!... La felicidad asomó al alma de Gilberto. Tenía unas ganas terribles de besar aquel inolvidable negro. —Muchas gracias, Guazábara. Mira aquí tienes para que te compres algunos tabacos—. Ofrecía al contento mulato tres relucientes billetes nuevos de a peso. Guazábara volvió a sonreír y se retiró un poco, haciendo un ademán con las manos: —No, no, compay, no le pueo acceptae eso... ¿Dígame una cosa, uté noé, el “rubito” que trabajaba en la oficina e lo’samericano en la capitae?... Gilberto miró de pies a cabeza al negro.

—Sí, sí, soy ayudante del Tesorero. ¿Has estado tu allá alguna vez?

JUAN ANTONIO VICIOSO HIJO

Guazábara prosiguió con la misma sonrisa crecida en sus ojos buenos:

—¿Uté no recuéida aquei Toribio Teinoso Meide-de, que dipidién poi que di que taba tubeiculoso; aquel estibadóe que le hacía lo mandao a utede?...

Guazábara seguía sonriendo...

.....

Subía el sol y la sonrisa ancha de Guazábara con una riqueza sentimental de criollismo dominicano: recuerdo campesino que madura y florece siempre por los caminos del tiempo, se eternizó en la realidad de aquel instante que Gilberto no olvidaría nunca.

El camino pesado bajo un calor de verano parecía un perro sediento... Ladró Titán...

SIMPLICIO.

